



CALVO, Javier. *El fantasma en el libro: La vida en un mundo de traducciones*. Colección Los tres mundos. Seix Barral: Barcelona 2016. 192 pp.

Como indica el título, este ensayo trata de una figura cuya labor aspira a ser invisible en el proceso editorial, sobre la cual se narran anécdotas pasadas y preocupaciones futuras. El autor de estas reflexiones acerca de la actividad traductora es Javier Calvo, novelista y uno de los traductores literarios del inglés más prolíficos, como demuestra su currículum, en el que destacan las obras de escritores laureados, caso de Michael Chabon (*Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay*), David Foster Wallace (*La niña del pelo raro*), Joan Didion (*Noches azules*), Don DeLillo (*Cero K*) y Marlon James (*Breve historia de siete asesinatos*), entre otros. El libro se compone de cinco capítulos, tres de los cuales abordan el pasado de la traducción literaria y dos cuestionan su incierto futuro, a los que se suma la introducción y el breve listado de referencias bibliográficas.

En las primeras páginas, Calvo deja claro que *El fantasma en el libro* no es una reivindicación de la profesión, una historia exhaustiva de la traducción literaria ni tampoco un manual académico, sino un cuento subjetivo que hilvana distintos apuntes, en tono ameno, para acercar a los lectores la realidad de la profesión y sus condiciones, ya que, aunque no se perciba a simple vista, vivimos en un mundo de traducciones. Con estas nobles intenciones arranca el primer capítulo, «La edad heroica» (pp. 21-37), en el que se explica cómo la traducción pasó del ámbito sagrado al profano. A modo de anécdotas breves y concisas, Calvo explica la historia de la Septuaginta y cómo las setenta y dos traducciones de la Biblia al griego, inspiradas por la divinidad, dieron idénticos resultados. A continuación, se contraponen la visión actual de la actividad traductora, de intereses comerciales y desligada del poder, con la renovación de la lengua latina que conllevaron las traducciones de la filosofía griega, obra de Cicerón; la Vulgata de san Jerónimo, la primera traducción canónica de la Biblia al latín; y con el desarrollo de las lenguas vernáculas y la creación de identidades nacionales gracias a las traducciones que promovían monarcas como Alfonso X el Sabio en Castilla y Alfredo el Grande en Wessex. «Un monte de Darién» (pp. 39-69) parte de la anécdota de cómo el poeta romántico John Keats descubrió las traducciones de Homero firmadas por George Chapman, a las que dedicó un soneto («Al descubrir el Homero de Chapman»), y a continuación observa cómo las nociones de autoría y fidelidad han variado en la historia de la traducción literaria. Calvo examina la difusa frontera entre la traducción de una obra y la adaptación (y apropiación) de un modelo literario anterior a través de los ejemplos de Geoffrey Chaucer y sus traducciones libres de Boccaccio, la recopilación de leyendas artúricas francesas de Thomas Malory, a las que añadió algunas de su cosecha propia, y los experimentos del modernismo, entre los que destacan las versiones y traducciones de poemas orientales de Ezra Pound. Estas consideraciones desem-

bocan en el complejo fenómeno de la autotraducción, ejemplificado por Nabokov y Beckett, y la desaparición de la jerarquía que separa el original de su traducción en las ocasiones en que el propio autor se traduce a sí mismo.

La relación del autor de *Lolita* con la traducción se retoma al comienzo de «El fantasma maleducado» (pp. 71-103), que arranca con la divertida historia de cómo Nabokov publicó su traducción de *Eugenio Oneguín* en cuatro volúmenes, dos de los cuales estaban destinados solo a las notas de la traducción. Esta anécdota sirve a Calvo para estudiar la visibilidad del traductor, el socorrido delito de traición del que se lo acusa y el dilema de hasta qué punto le está permitido acercarse al texto original a su época. El caso extremo quedaría representado por las bellas infieles de la Francia del siglo XVIII, en las que los traductores eliminaban los pasajes que no entendían y las palabras malsonantes, e incluso añadían fragmentos para agradar al público, como también haría Leandro Fernández de Moratín en su versión del *Hamlet* de Shakespeare. En ella, incluyó personajes y escenarios nuevos para adaptarla al gusto neoclásico en vigor. La responsabilidad de la figura del editor queda demostrada con el ejemplo de los Clásicos Penguin, cuyo éxito de ventas se atribuye a las «versiones legibles y atractivas [...] despojadas de las dificultades y la erudición innecesarias» (p. 89), que se deshicieron de la poesía de Homero con el fin de reescribir los textos en un inglés moderno que resultara atractivo a los lectores de mediados del siglo XX. Después de revisar las diferencias y semejanzas entre la censura institucional, la de las propias editoriales y la autocensura de los traductores, Calvo concluye el tercer capítulo con varias anécdotas acerca de la popularidad de la que gozaron algunas falsas traducciones, que hoy harían las delicias de los responsables de *marketing* en las editoriales.

El segundo bloque de *El fantasma en el libro*, dedicado al presente y futuro de la profesión, se inicia con «Un mundo de traducciones» (pp. 107-151). Calvo subraya el dominio de la lengua inglesa en la globalización de la cultura y apunta el alto porcentaje de traducciones que tienen el inglés como lengua de partida mientras que, curiosamente, los mercados anglófonos continúan siendo reacios a la cultura foránea traducida¹. Tras lamentar que los hablantes adopten, de forma voluntaria, cada vez más calcos y anglicismos, el autor rinde homenaje a los que denomina los «traductores de la Transición» (Sáenz, Antolín Rato, Gallego y Buenaventura, entre otros), quienes ayudaron a descubrir numerosas obras literarias en España. El grueso del capítulo se dedica a las condiciones laborales actuales de los traductores y a las imposiciones externas. Los criterios de eficiencia económica y rapidez, la concentración de las editoriales en los grandes grupos y el predominio del *marketing* por encima del valor literario han convertido al traductor en un mero proveedor de servicios sin voz, si bien la ley lo sigue reconociendo como autor del texto. Calvo ejemplifica algunas de las políticas editoriales cuando habla de cómo los traductores literarios tienen menos libertad creativa a la hora de afirmar y reflejar la diversidad de la lengua, ya que se busca un castellano neutro que facilite la lectura y elimine las hablas regionales, aun cuando estén presentes en el texto original. Este «planchado» editorial elimina las marcas de oralidad, los vulgarismos y los extran-

¹ Esta situación de desigualdad, así como las políticas editoriales que se mencionan a continuación, las recoge Enrique Bernárdez Sanchís en su artículo «Traduttore-traditore... ¿o editore-destruttore?», en *Lengua, traducción, recepción: en honor de Julio César Santoyo*. Universidad de León: León 2012, pp. 93-115.

jerismos al traducir al español, es más, incluso acaba con las repeticiones del original, lo cual es una de las posibles razones de que las traducciones de narrativa extranjera que leemos suenen muy parecidas.

El ensayo termina con un capítulo pesimista, si bien realista y sumamente interesante, acerca de la desprofesionalización de la traducción literaria y de su incierto futuro. En «Harry Potter, traductor» (pp. 153-176), el autor explica cómo, en las primeras décadas del siglo XXI, se ha adoptado el modelo propio de la traducción para los informativos de noticias, que se caracteriza por la «valoración de la rapidez por encima de todo, trabajo en equipo, uso exhaustivo de la tecnología y distribución por internet» (p. 162). Dos consecuencias de este modelo son el *crowdsourcing*, que se da cuando los propios usuarios traducen gratis para proveedores de contenidos y redes sociales, y la *fantraducción*. Este último fenómeno, en el que importa más la rapidez y la transmisión del sentido que la calidad y el estilo de la traducción, afecta en especial a las sagas de literatura fantástica y juvenil, caso de *Harry Potter* y *Canción de hielo y fuego*, cuyos seguidores, impacientes por leer las próximas entregas, se organizan en comunidades digitales para traducir de forma colectiva y luego difundir las novelas por la red. Esta tendencia, cada vez más extendida, es de difícil solución legal para las editoriales y supone numerosas dificultades para la figura tradicional del traductor literario.

El fantasma en el libro proporciona una lectura agradable y amena, de especial interés para los alumnos de traducción, los traductores noveles y aquellos lectores que quieran saber más acerca del proceso editorial y de quiénes se esconden tras los libros. La sucesión de anécdotas que plantea no sustituye al estudio riguroso y documentado de la historia de la traducción literaria, si bien es cierto que el autor deja bien claro en el prólogo que su intención no es esa. Los dos capítulos finales, sus reflexiones y testimonios acerca del mundo editorial y del estado actual (y posible futuro) de la traducción literaria son de lo más destacable del ensayo, que concluye, a pesar de las adversidades que remarca, con una nota acerca del carácter vocacional y de la pasión por la literatura que subyacen a la traducción literaria.

Miguel SANZ JIMÉNEZ